

Ígneo

Capítulo IV: Hambre

Desde la cubierta del barco no podía parar de observar los muelles, nunca los había visto tan repletos de gente y al mismo tiempo tan completamente muertos. Diam miraba el puerto con una mezcla de asco y temor, en los muelles que rodeaban el inmenso puerto de Androl se congregaban miles de personas: algunos eran marineros como él, que se esforzaban en cargar los enormes cargamentos por una mísera paga, otros eran ricos comerciantes que desde sus corceles no se atrevían a tocar el mundano suelo, había mercedarios, contrabandistas, ladrones, adivinadores, puestos de mercado, pero sobre todo había hambre. Cada rincón estaba abarrotado de personas con apenas un harapo por vestimenta que mendigaban un pobre mendrugo de pan, desesperados eran capaces de hacer cualquier cosa con tal de tener algo que llevarse a la boca. Pero no era tan sencillo como parecía: el Puerto parecía tener más trabajo que nunca, desde el estallido de la revuelta de los esclavos en el centro de la ciudad, los barcos llegaban con mucha más abundancia, dispuestos a traer los recursos que faltaban y que sabían que venderían rápidamente, pero sobre todo llegaban mercenarios para unirse a las tropas del Ejército del Puerto, porque desde hacía más de dos semanas estaban en guerra.

Contra los esclavos.

Cuando estalló la revolución, el Consejo de Comercio se hizo con el enorme control de la zona portuaria, controlando rápidamente los focos de revolución que habían brotado por parte de los esclavos: no fue una tarea fácil, los comerciantes aportaron elevadas sumas de dinero a mercenarios y todo aquel que expulsara a los esclavos de la ciudad, muchos marineros ayudaron en esa lucha, incluso Diam ganó un par de monedas de oro regando el agua salada con la sangre de un par de esclavos. Pero no fue suficiente, en el Centro eran demasiado poderosos, de forma que el Consejo de Comercio tuvo que contentarse con controlar el Puerto y la zona a su alrededor.

Eran conscientes de que su victoria era apenas un leve respiro de tiempo: los esclavos en la ciudad contaban con una ventaja de diez a uno, por ello se embarcaron en una auténtica guerra por el control de la ciudad: mercenarios de todo el mundo llegaban cada día para unirse al Ejército del Puerto, el sueldo era elevado pero la muerte estaba casi asegurada. Los combates en la zona fronteriza entre el Centro y el Puerto eran encarnizados y parecía que ninguno de los dos bandos se imponía claramente sobre el otro.

Para la gente de a pie, la situación era insostenible, la pobreza había acampado sin ningún tipo de control y los comerciantes se aprovechaban de ello, elevando los precios a niveles inaguantables y controlando de forma compulsiva a todo habitante del Puerto. Las fugas hacia la zona del Centro estaban muy vigiladas y se pagaban a un alto precio: la muerte de toda la familia. Era una medida brutal pero efectiva, cuando comenzó la guerra, muchas personas del Puerto, completamente empobrecidas pensaron que sería una buena opción moverse al Centro, bajo la protección de los esclavos, sin embargo, los comerciantes postularon que todos los conocidos de esa persona serían ejecutados en caso de que eso sucediera. El miedo era tal que nadie atrevía a escapar de allí.

El hambre acampaba como el auténtico dueño del lugar, como si su hegemonía fuera indiscutible en cualquier parte del barrio y, por ello, muchos de los habitantes, dispuestos a salir de aquella tiranía impuesta de muerte, hacían cualquier cosa con tal de calmar un poco sus estómagos. Los comerciantes se aprovechan de esta situación, utilizando a los pobres muertos de hambre para todo, desde mandarlos como espías al territorio enemigo,

a engrosar sus tropas como carne fresca. A cambio de un poco de oro, o incluso a veces de únicamente una comida caliente.

Diam no lo tenía muy claro, pero se decía que se podía encontrar en los callejones del Puerto se podía encontrar a gente que hiciera cualquier cosa.

Mientras todos estos pensamientos pasaban por su mente, el marinero continuaba trasportando las pesadas cajas desde el barco hasta el muelle. Era impresionante cuanto podían llegar a pesar aquella mercancía, estaba destrozándose la espalda y los brazos comenzaban a arderle, pero continuó su trabajo: apenas ganaba como para comer un par de veces al día. Se dio cuenta de que ni siquiera sabía de qué era aquel cargamento, solo sabía que estaba comprado directamente por el Consejo de Comercio.

- ¡Inflit! – gritó con la fuerza de sus pulmones. - Se puede saber que llevan estos contenedores, me estoy destrozando trasportando esta mierda tan pesada.
- Trabaja más duro y quéjate menos Diam – contestó un marinero obseso y con las piernas torcidas mirando fijamente a su interpelante. - Que no nos pagan para pensar.
- ¿Pero se puede saber qué contienen?
- Ni idea, pero tampoco creo que sea algo muy importante. Seguramente sea plomo o alguna mierda así de pesada.
- Pues ya podían venir los cabronazos de los comerciantes a descargarlo ellos.

Inflit soltó una carcajada mientras ayudaba a su compañero con una carga especialmente grande.

Tardaron varias horas más en conseguir terminar de descargar todas las cajas, pero finalmente lo consiguieron. Diam estaba completamente agotado y no pensaba que pudiera hacer otra cosa que dormir durante un día.

Llegó el capitán y al ver el trabajo hecho les pagó su sueldo:

- Esto debe ser una broma – dijo uno de los marineros viendo la miseria que les había dado. - Llevamos todo el día descargando, para esta mierda.
- Si no estáis contentos podéis largaros, en esta ciudad llena de muertos de hambre no me van a faltar manos de obra y por la mitad de eso.

Los marineros se quedaron callados mientras trataban de contener los insultos que se agolpaban en sus labios. Sin embargo, nadie se atrevió a levantar el más mínimo dedo ante el capitán.

Diam calló sus protestas internas y en cuanto pudo escapó hacia el muelle, le vendría ver gastarse esas pocas monedas en una cerveza que por lo menos le diera algo de felicidad.

Avanzar por la calle era algo impensable, a cada momento te asaltaban personas por todos los costados, pidiendo, rogando apenas una migaja de pan. Y lo que estaban más desesperados directamente se lanzaban a reclamarla por la fuerza.

El marinero consiguió evitarlos a duras penas y entró en una taberna portuaria que parecía que su reputación no era muy elevada.

El olor parecía estar compuesto por una mezcla de vinagre y enfermedades, inundaba el olfato como una especie de seducción corrupta que no te abandonaba. El marinero acostumbrado a aquel aroma, le traía los recuerdos de noches de borrachera y peleas y no pudo evitar soltar una pequeña sonrisa.

En esos momentos el ambiente parecía un poco tenso, no era extraño, con el estallido de la revuelta de los esclavos y la caída rápida y brutal del Imperio. Las tabernas se habían convertido últimamente en focos donde sacar la frustración de la calle: las peleas eran prácticamente continuas y figuras importantes de la antigua sociedad ahogaban su dolor en el fondo de una bebida. A pesar de todo ello, Diam se sentó en un taburete.

A su lado había un hombre que bien podía llegar hasta los dos metros, y le miró con cara de pocos amigos, sin embargo, Diam trató de ignorarlo. No iba a darle ninguna opción de que le metiera en una pelea que no tenía posibilidades de ganar.

- No te he visto mucho por aquí – dijo el gigante.
- No suelo venir a este lugar en concreto, procuro caerme en rincones distintos cada vez y disfrutar de los aromas de esta nuestra ciudad – contestó con una sonrisa.
- No me gusta tu tono, deberías mostrar un poco más de respeto.
- No pretendía ofender, ni mucho menos.
- ¿No vendrás del territorio de los sucios esclavos?
- ¿Qué iba a hacer yo con esos muertos de hambre?

El gigante pareció calmarse un poco ante esa respuesta, pero no tardó en contestar a pesar de todo, parecía empeñado en buscar algún tipo de pelea.

- ¿Entonces de dónde vienes? No queremos gente de mala fama por aquí.

Diam recorrió con una mirada la habitación para dar a entender que probamente era mucho más decente que cualquiera de los que allí estaban revolcándose sobre su propio vómito, que parecían demasiados.

- No busco problemas amigo, solo he venido a tomar una cerveza.
- ¿Quién ha dicho nada de problemas? Tal vez el que los esté buscando seas tú.

El marinero se dio cuenta de que era imposible mantener algo parecido a una conversación coherente, así que antes de darle una buena excusa para partirle la nariz, apuró la jarra en un par de segundos y antes de que se diera cuenta el gigante ya estaba de nuevo en la calle.

Podía haberse quejado del olor del tugurio, pero el exterior no era mucho mejor: cientos de personas congregadas en torno a cada centímetro de espacio provocaba que los sudores se mezclaran en un cóctel repulsivo. El sol parecía incidir con más fuerza provocando que la mezcla resultara aún más horrible y las arcadas se agolparan a cada centímetro de su cuerpo.

Trató de llegar hasta un pobre callejón que parecía más despejado, y tratar de conseguir un poco de aire fresco, solamente para encontrarse el mismo aire recalentado y pegajoso que parecía haber cubierto la ciudad.

Diam en el fondo comprendía a los esclavos, nunca se lo había parado a pesar dado que él mismo había nacido en una familia pobre y empezó a trabajar muy pronto en el puerto,

pero mientras que él consiguió llegar a marinero, los esclavos únicamente se dedicaban a descargar las enormes mercancías al puerto, ahora comprendía su esfuerzo cuando tenía que hacerlo por sí mismo. Eran la carne para las enormes galeras de guerra del Imperio, si morían por miles en cada batalla a nadie le importaban.

Eran la basura que se encargaba de lo que nadie se encargaría, de hacer los trabajos menos honrados, más precarios y peligrosos y sin cobrar una mísera moneda por ello.

Incluso Diam, despreciado normalmente por los nobles y ricos pagaba sus frustraciones con los esclavos que encontraba, cuantas veces le habría pegado a uno por la calle por el simple placer de hacerlo, para descargar su furia.

Pero ahora los entendía. Nadie los había considerado nada cuando habían sido el mecanismo que mantenía viva a la ciudad, a todo el Imperio. Había tardado mucho en organizarse, siglos enteros, pero una vez lo habían hecho todo había caído a sus pies: los mercaderes podían negarlo y enfrentarse a una absurda guerra contra ellos pero sabían la verdad: los esclavos habían cometido la puñalada final contra el Imperio, habían acabado con la malograda dinastía en apenas un momento, y la ciudad se había paralizado por completo: incluso en aquella zona libre de su control se veían los efectos: las calles sucias, atestadas de gente, y los trabajos más forzados sin poder realizarse.

Por fin había entendido a los esclavos y había comprendido por qué se habían levantado. Pero él tenía claro del bando al que pertenecía: tal vez los mercaderes fueran unos sucios rastreros que solo buscaban hacerse con el control de la ciudad para su propio beneficio, pero por lo menos eran los que le aportaban el dinero, aunque fuera una miseria, le daban unas pocas monedas para su subsistencia.

Mientras estaba absorto en estos pensamientos escuchó un leve quejido junto a sus pies.

Acababa de pisar a un niño que se encontraba entre la basura del callejón. Estaba tan sucio y sus ropas eran tan andrajosas que costaba distinguirlo del suelo.

Normalmente el marinero no le habría prestado más atención, niños como ese podía encontrarlos a cada momento, pero, sin embargo, había algo en el tono en el que había proferido el grito, algo tan primitivo que le hizo volver a fijarse en aquella pequeña figura.

Parecía que no tenía músculo, grasa o cualquier tipo de órganos, ya que parecía únicamente piel sobre hueso. Sus ojos eran muy brillantes y destacaban en su cuenca hundida, llenos de miedo y desesperación. Temblaba descontroladamente como llevado por algún extraño espasmo. Pareció querer alejarse, pero el marinero lo detuvo:

- Niño, ¿cómo te llamas?

El muchacho se quedó temblando durante unos segundos, sin poder decir nada, pero haciendo acopio de todas sus fuerzas consiguió articular:

- Angus
- ¿Qué te pasa Angus? – intentó preguntar Diam con el mayor cuidado posible.

El niño simplemente se señaló hacia el estómago. Como tantos de allí, lo que le sucedía era el brutal y reinante hambre.

- ¿Y tus padres? ¿Dónde están?

- Murieron en los combates contra los esclavos – cada palabra que pronunciaba parecía ser la última del esfuerzo que le suponía.
- ¿Y no tienes a nadie que te ayude?

El niño simplemente negó con un gesto seco de cabeza. Obviamente como otros muchos niños que recorrían las calles cada día completamente abandonados.

Algo le hizo sentirse extraño, con la capacidad y habilidad para ayudar a aquel niño y poder darle algo para mejorar su vida.

Era un sentimiento que nunca antes había experimentado y no podía menos que pensar que alguna extraña presencia divina se había colado en su cuerpo y le estaba obligando a realizar algo así.

- ¿Tienes hambre?

El niño asintió rápidamente, probablemente consumiendo sus últimas fuerzas con ello.

“Vaya pregunta más estúpida le he hecho: ¡por supuesto que tiene hambre! No hace falta mirarlo dos veces para darse cuenta de ello” pensó para sí mismo)

Diam no sabía lo que hacía, pero sin parar a pensárselo dos veces, no fuera que pensara demasiado lo que iba a realizar, dirigió sus pasos hacia la panadería más cercana, que resaltaba en una esquina de la calle como un paraíso inalcanzable.

Conforme se iba acercando el olor se volvía más intenso y angustioso y no pudo contener su saliva mientras se derramaba por toda su camisa. Casi podía sentir la miga blanca y caliente sobre sus labios y el crujir del pan entre sus dientes.

Alrededor del establecimiento no había mucha gente: nadie se podía permitir comprarlo y no iban a torturarse oliendo aquellas maravillas sin poder alcanzarlas. Diam entró sin ningún tipo de impedimento.

Allí un hombre orondo le miró con curiosidad, pero al notar su pequeña bolsa de dinero con un pequeño tintineo, le preguntó amablemente con una sonrisa que era lo que deseaba.

Diam seleccionó la mejor hogaza de todas, una auténtica maravilla dentro de los panes, parecía haber sido amasado por los mismos dioses y solamente de olerla le entraban ganas desmayarse.

El precio casi le hizo hacerlo. Sin apenas poder contener una lágrima vio como la mitad de su sueldo volaba en un instante.

- Eres un auténtico timador y no los mercaderes – le espetó el marinero.
- Se hace lo que se puede – contestó el panadero con una sonrisa sarcástica.

Salió a la calle con su recién adquirida maravilla y comenzó a buscar con la mirada al niño. No tardó en localizarlo tumbado contra una pared. Parecía que ni siquiera se atrevía a respirar.

- ¡Angus! – le gritó Diam – ¡Ven aquí!

El niño tardó un poco en reaccionar, pero finalmente se acercó lentamente hasta el marinero. Su mirada detonaba un pequeño interrogante.

Sin saber lo que estaba haciendo y pareciéndole la mayor locura que había realizado le depositó la hogaza entre las manos. Entregó su tesoro.

El niño no pudo reaccionar. En un primer momento pensó que era una broma.

Después creyó que era un sueño. Nadie daba nada y menos en aquellos tiempos. Y aun menos a un niño abandonado sin nadie que le ayudara.

Por último, pensó que estaba muerto y que aquello era un ángel que le estaba dando el cielo.

Fuera broma, sueño o el mismo cielo le daba igual, no tardó ni un segundo en empezar a devorar el bollo sin apenas darse tiempo a respirar.

Diam sonrió. Y cuando continuó mirando al muchacho sonrió aún más.

- ¿Qué es eso? ¡Mirad allí! – un grito pareció surgir del fondo de la calle. - ¡Tiene comida!
- ¡Es verdad! ¡Puedo olerlo desde aquí!
- ¡Corred! ¡A por comida!

El marinero levantó la mirada. Solamente para toparse con una auténtica marea humana que se abalanzaba sobre ellos.

Mendigos, gente sin hogar, muertos de hambre en vida que se arrastraban por apenas una migaja. Y de repente habían visto una hogaza entera.

Diam no pudo detenerlos. Cogieron el trozo de pan y arrojaron al niño contra la pared sin ningún miramiento y empezaron a devorar como auténticas bestias la hogaza de pan.

Se golpeaban entre ellos, gritaban con sonidos guturales y se enfrentaban unos con otros por un simple trozo de aquel alimento.

La furia recorrió a Diam y se lanzó sobre ellos. No era suyo. Era para el niño.

Pero lo único que recibió fue un golpe en la cara por respuesta. No se dio por vencido y volvió a la lucha, gritando, arañando, golpeando, sudando y sangrando.

Suponía que alguno de los mendigos tenía un cuchillo porque no vio nada. Pero lo sintió. Sintió como su abdomen se deshacía en un infierno de rojo y vísceras. Como los golpes contra su cabeza se volvían más violentos y salvajes. Como comenzaban a destrozarle los huesos de los brazos con palos y piedras. Su corazón trataba aduras penas de mantener sujeta su vida, pero parecía imposible. Sentía como arrancaban la carne de su propia piel y el dolor era tan intenso que simplemente paró de respirar.

Unas manchas se agolpaban a los lados de su cabeza. En un último esfuerzo giró el cuerpo y su mirada se dirigió a la pared.

Allí estaba el niño, quieto en la misma posición en la que lo habían arrojado, como un simple muñeco de trapo. Parecía que simplemente había parado de respirar.